

NATURA

REVISTA QUINCENAL
DE
CIENCIA, SOCIOLOGÍA
LITERATURA Y ARTE

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Floridablanca, 126, 1.º, 2.º.—Horas de oficina: de 1 á 2 y de 8 á 9

La Rusia oficial se ha cubierto de oprobio. No contenta con desatar en la Mandchuria la más encarnizada y reprobada de todas las guerras para facilitar á la burocracia y á la nobleza ocasión de dilapidar cuantiosas sumas, ha desatado en las calles de las ciudades de aquel vetusto imperio la represión más inhumana que darse puede, por ser ejercida sobre ciudadanos que, en su legítimo derecho á recabar una mejora de la situación social, usaban de este derecho pacíficamente. La reprobación ha estallado unánime en todo Europa, y ha estallado tanto más formidable cuanto que el elemento intelectual europeo se ha sentido lastimado en su humanitarismo, cuando ha visto correr peligro la vida de algunos de su clase. Cara nos es la vida de Máximo Gorki y demás intelectuales rusos, pero caras nos son también las vidas de los millares de obreros encarcelados con ellos y no comprendemos pueda haber indignaciones preferentes en semejantes casos. Cuando de luchar y de morir por la libertad se trata, el esfuerzo de obreros y de intelectuales tiene para nosotros un mismo valor esencial: el sacrificio. Y nuestras simpatías consagrámoslas por igual á unos y á otros. Este lunar en la indignación aparte, unimos, de todos modos, nuestra protesta á la general protesta deseando que la Revolución derriba aquel autocratismo impropio de nuestros tiempos. No dejaremos la pluma sin poner de manifiesto que las causas de la guerra que tan odiosa se ha hecho al pueblo ruso, son las mismas que engendran las matanzas en las calles de sus ciudades. Sobre el particular, un conocido literato contribuye á descorrer una punta del velo que cubre los móviles secretos de estas hecatombes. Son el interés económico y de clase dominante, mejor que otra causa, el fautor de ellas. Es el afán de poseer y dominar con la posesión de la riqueza social, lo que empuja á las clases directoras de todos los países á saltar por encima del respeto á la humana vida. Bjoernson pedía, no hace mucho, una intervención parlamentaria europea para hacer cesar la guerra ruso-japonesa. El mismo escritor nos enseña ahora, desde las columnas del COURRIER EUROPEEN, como las bancas europeas tienen un interés totalmente contrario á la terminación de esta guerra. Su enseñanza corrobora las afirmaciones estampadas en uno de nuestros anteriores números: la esterilidad y la impotencia parlamentaria para este y análogos casos. Domina el oro. Hay que hablar directamente al Capitalismo para que cesen tamaños horrores. Meditenlo los obreros leyendo el artículo que á continuación reproducimos.—N. DE R.

Francia y Rusia

Es cosa corriente ahora el decir que la participación de alemanes y holandeses en el último empréstito no tiene otro

Bjærnstjerne Bjørnson

significado que el de un caso de especulación, respecto del mercado financiero francés. Y es que no hay otro pueblo

como el pueblo francés para creer que Rusia es capaz de reembolsar los préstamos que se le hacen.

No lo creen así hombres de negocios rusos, de entre los más serios. Por los filandeses, he tenido ocasión de enterarme de las burlas que en Rusia prodigan á los franceses, á causa de esa nueva credulidad.

El ministro Witte demostró en la última exposición del estado financiero, hace de ello unos tres años, que la facultad de rendimiento de los impuestos en Rusia había alcanzado ya los límites extremos. En aquella época Rusia debía, á Francia solamente, unos 8,000 millones; y se encontraba imposibilitada de salir adelante sin un gran impuesto nuevo. Esto era antes de la guerra.

En aquella época decíase, como de clavo pasado, que la situación era desesperada. Tan sólo el apoyo financiero del exterior salvó entonces á la aristocracia y á la burocracia.

Lo cual, dicho de otro modo más sencillo, es lo siguiente: Francia ha sustentado la injusticia, la ignorancia y el dolor en Rusia. Esto se refiere á la situación de tres años atrás. Hoy la deuda rusa para con Francia supera en mucho á los ocho mil millones de antes de la guerra. Hay financieros que la estiman actualmente en doce mil millones.

Pero hay algo por encima de esta estimación, puramente hipotética, y es lo que el mundo civilizado proclama unáni-

me: que, en estos momentos, á Francia incumbe la mayor responsabilidad respecto de la continuación de esta guerra cruel.

El primer día del año 1905, oímos á quien habló al Presidente de la República en nombre del cuerpo diplomático, ensalzar el amor que Francia profesa á la paz, y prestar homenaje á la acción ejercida por Francia al frente del movimiento pacífico.

A lo cual contestó el Presidente que Francia es merecedora efectivamente de tal homenaje. Pero quien dirigía aquellas frases al Presidente sabía lo que el Presidente sabía también, y lo que sabían cuantos oían los discursos: que precisamente en estas circunstancias á Francia incumbe la mayor culpabilidad en lo tocante á la continuación de la guerra más horrenda de que hemos tenido noticia.

Ahora, la conciencia de la justicia internacional ha logrado suficiente decisión para proclamar escandalosa esta duplicidad persistente. Y ha logrado tal decisión, que ya es corriente llamar acción criminal á la de esos préstamos en dinero empleado en una guerra que, como esta, disputa el territorio de una tercera nación neutral.

Financieros y hombres de Estado se encuentran, pues, en absoluta oposición con la opinión pública. Ya no se trata más que de saber por cuanto tiempo ha de ser tolerada esta opinión.

Juan Grave

¿Y los principios?

Si en Francia quedan aún republicanos que crean sinceramente en una república enemiga de los reyes y de los déspotas, poco numerosos deben ser, ya que la matanza del pueblo ruso no les ha llevado, en un impulso lleno de indig-

nación, á obligar á sus gobernantes á romper toda relación con la banda de asesinos que maniobran en aquel imperio, aprovechando una ocasión digna de desbaratar esta alianza monstruosa, inicua, que es el mentís más cínico al buen

sentido y á la lógica: un gobierno que pretende ser liberal aliado al peor de los reyes absolutos.

Llamar al embajador francés en San Petersburgo y devolver sus credenciales al de Rusia en París, no hubiera sido por parte de los gobernantes franceses un acto de ligereza, sino un deber. Ya que tanto gallean con las conquistas del 89, así hubieran continuado la tradición republicana.

Desgraciadamente, ha transcurrido mucho tiempo desde la toma de la Bastilla. En aquella época la burguesía quería apoderarse del poder; hoy está en él y tiene que defenderse contra las reclamaciones obreras. En 1789 el pueblo creía trabajar por su emancipación, tenía confianza en las promesas que le hacían los que lo dirigían al asalto de la realeza. Actualmente sabe lo que valen ésta y aquéllos.

En lucha con la realeza, no corrompidos aún por el ejercicio del poder, los burgueses de entonces tomaban en serio su papel de enemigos de los tiranos, y tiranos económicos ellos mismos, creían poder hacer imperar la libertad política.

Pero un siglo de ejercicio del poder les ha hecho sentar la cabeza. Hoy coquetean con los monarcas y pasean del brazo las mismas testas coronadas que antes se hubieran desmayado de asco sólo de pensar en semejante contacto y hubieran mandado azotar al villano bas-

tante osado que hubiese manifestado una pretensión de esta índole.

El señor Delcassé, hombre de Estado serio, que tuvo el honor de hablar con el Zar, lo ha dicho el otro día en la Cámara: no tolerará que se insulte á un monarca aliado, aunque este monarca haya hecho asesinar millares de súbditos suyos por el delito de pedirle la aplicación de reformas que en Francia permiten á todos los Delcassé habidos y por haber, pavonearse en las antepasas de los que sus antepasados pedían el exterminio.

Por lo demás, el ministerio salido de las componendas y trapisondos con los nacionalistas tiene que darles garantías. ¿Acaso no hacen aquí en pequeño, lo que su cómplice hace en grande en San Petersburgo? Los Fourmiés, los Chalon, los Martinica, no difieren sino en cantidad. El bruto Lépine, cuya no sabemos qué complicidad con Loubet hace que éste le mantenga en su empleo en contra de toda la opinión, nos da la prueba, siempre que la ocasión se le presenta, de que sólo busca asesinar al pueblo. Las brutalidades de la Bolsa del Trabajo no son tan viejas. La sangre aun es fresca.

Monarcas y republicanos son dignos de entenderse. Y la actitud de estos últimos no es mas que la confirmación de lo que nosotros no nos cansamos de repetir: Nuestro enemigo, es nuestro dueño, tanto si es político como económico.

Temps Nouveaux, París.

Elías Reclús

La Sociedad y el Individuo.-La mujer civilizadora

El gran problema que se plantea en etnología: «¿El individuo es anterior á la sociedad ó la sociedad es anterior al individuo?» parecía de los más fáciles y se respondía, antes, corrientemente con la

lección oficial: el primer individuo se desdobló en macho y hembra y de la primera pareja, vigorosa y soberbiamente creada, inteligente y bella, nació la primera familia, la cual se ensanchó

en tribu, después en pueblos y más tarde en naciones. La doctrina se imponía por su aparente simplicidad, parecía inspirada por el buen sentido. Pero ayudados por la geología y la paleontología pronto nos apercebimos que era preciso relegar á la categoría de los cuentos de hadas esta teoría de un hombre surgiendo en medio del mundo á la manera de un Robinson desembarcando en su isla desierta. Fuera de sus semejantes, el hombre es hombre, tanto como una hormiga es hormiga independientemente de su hormiguero, tanto como una abeja continúa siendo abeja cuando ya no existe la colmena. Lo que le ocurre al hombre aislado, podemos verlo en las prisiones celulares inventadas por nuestros filántropos. Así, pues, hasta prueba de lo contrario, supondremos que nuestros antepasados debutaron con la vida colectiva, que dependían de su medio tanto ó más que nosotros. Contrariamente á la idea de que el individuo es padre de la sociedad, nosotros suponemos que la sociedad ha sido madre del individuo. La habitación común nos parece que ha sido el soporte material de la vida colectiva y el gran medio de las primeras civilizaciones. Común era la habitación y comunes las mujeres con sus hijos; los hombres cazaban la misma presa y juntos la devoraban, como los lobos; todos sentían, pensaban y obraban al unísono. Todo nos hace creer que al principio de la humana vida el colectivismo estaba á su máximo y el individualismo á su mínimo.

No abandonemos el tema sin mencionar una observación importante que se le relaciona: entre nuestros Hiperbóreos, como entre un gran número de primitivos, por ejemplo, los Tatars y la mayor parte de los negros, la construcción de las habitaciones es, en principio, de competencia de las mujeres, que ejecutan toda la labor, desde los cimientos hasta la techumbre; los maridos no intervienen sino para acarrear los mate-

riales al pie de la obra. Este hecho había sido á menudo señalado como una prueba de la insigne indolencia de estos machos incultos que arrojan sobre las espaldas de sus compañeras más débiles los trabajos más pesados. Nosotros preferimos ver en este hecho un argumento en favor de la hipótesis que el primer arquitecto fué la mujer. Encargada de los niños y del bagaje, ella fué la que estableció un cubierto permanente para abrigar á su pequeñuela familia: el nido para la prole fué tal vez un hoyo cubierto de musgo: al lado plantó una rama de anchas hojas y cuando ideó juntar tres ó cuatro de estas ramas por sus extremos superiores, la choza quedó inventada, la choza, primer «interior». En él colocó el hachón, que no abandonaba nunca, y la choza se iluminó, la choza se calentó, la choza se convirtió en un hogar. ¿No se ha dicho que «Prometeo es el padre de los hombres», para hacer comprender que la humanidad comienza con el empleo del fuego? Sea cual fuere que haya sido el origen del fuego, es un hecho cierto que la mujer ha sido siempre la custodia y la conservadora de esta fuente de vida.

Pero, he ahí que un día, al lado de una cierva que el hombre había matado, la mujer vió un cachorrillo que la miraba con ojos suplicantes, tuvo piedad de él y lo llevó á su seno... ¡Cuántas veces no hemos visto hacer lo mismo á nuestros salvajes! El pequeño animal se aficionó á ella, la siguió á todas partes, y de este modo creó y domesticó los animales; fué la madre de los pueblos pastores. Más aun: mientras el marido se cuidaba de la caza mayor, la mujer se ocupaba de la caza menor, recogía huevos, insectos, granos y raíces. De estos granos hizo provisión en su choza; algunos que dejaría caer germinaron cerca, crecieron y fructificaron, lo cual visto sugirióle la idea de sembrar otros y se convirtió en la madre de los pueblos cultivadores.

En efecto, en todos los no civilizados, el cultivo es ocupación propia de la mujer. Á pesar de la doctrina que presentemente impera, nosotros creemos que la mujer ha sido la creadora de la civilización en sus elementos primordiales. Sin duda que, en sus comienzos, no fué

más que una hembra humana, pero esta hembra alimentaba, creaba y protegía á seres más débiles, mientras que su macho, fiera terrible, no sabía más que perseguir y matar; degollaba por necesidad y no sin placer. Él, bestia feroz por instinto; ella, madre por función.

De *Les primitifs*, pág. 67-68-69.

J. Comas Costa

El Individuo como único valor real

Observar, estudiar el Individuo en todas sus fases de acción, de desarrollo é igualmente la Colectividad y hacer de dicho estudio un punto de partida para la moral de modo que las condiciones de vida de la segunda sean estricta y exclusivamente dependientes de la voluntad, de la acción natural del primero; he aquí nuestro objeto.

Bien sabemos que para las almas mezquinas, educadas en las tinieblas del código moral contemporáneo, parecerá un monstruoso absurdo nuestro fin, por oponerse vivamente á sus petrificadas fórmulas morales; mas, en absoluto convencidos de ello, conste que las damos por descontadas y queremos solamente dirigirnos á esa inmensa mayoría de «anarquistas viejos» encharcados ciegamente en los rudimentos primitivos del ideal de medio siglo atrás y, que sus obras y escritos de toda clase arrancan, de una manera más ó menos disfrazada, de los hueros conceptos de «Libertad», «Igualdad», «Fraternidad universal», «Solidaridad», «Amor», «Bondad innata», etc., etc., espectros de una vieja moral cuya raíz no es otra que el cristianismo en su esencia por una parte y el sentimiento atávico, como complemento, por otra.

Á pesar de todo el mundo, el generoso ideal de la afirmación absoluta y único del individuo se impone más cada día,

y hay que afirmar netamente que si hoy por nuestras preocupaciones, por nuestra ignorancia, es imposible que en él se reconforte totalmente nuestro espíritu, el luminoso porvenir le corresponde.

La tarea es más fácil de lo que á nuestro preocupado cerebro pueda á primera vista parecer, si guardamos en absoluto de no asentar nuestro juicio crítico ni en la más insignificante idea que cuidadosamente no haya pasado antes al examen de nuestra conciencia; y decimos esto, porque el verdadero examen racional, científico así lo exige, pues que la mayoría de las veces nuestras afirmaciones descansan inconscientemente en graves prejuicios, á los cuales, como afirma con justicia Kropotkin, ni los grandes filósofos saben sustraerse.

Basta, pues, solamente enderrocarse en sus raíces todo cuanto bajo uno ú otro aspecto entrañe para el Individuo la inmoral idea de Obligación, de Deber, y una vez despojado el mismo de este quintaesenciamento de las tiranías todas, considerarle en su libre acción dentro la vida, como el resto de los animales.

El Deber es aún en nuestros tiempos un abismo al que van á parar todos los razonamientos, todos los vuelos de la inteligencia, si ésta previamente, ahuyentando toda influencia religiosa, no hunde totalmente sus raíces en los principios de la ciencia. Ni Bakunin, ni Proudhon,

ni todos los primeros en fundar las bases de una nueva Humanidad, pudieron escapar al influjo de su acción y cuántos y cuántos sistemas filosóficos, seguidos hoy por una inmensa mayoría de literatos y poetas con vistas al porvenir, hásanse esencialmente en tan fósil idea.

El Deber es hoy para el hombre lo que antiguamente era Dios para el pueblo; la forma de manifestarse ha cambiado, arrollada, sin duda, fatalmente por la evolución de las ideas, pero el fondo, aunque menos imperativamente, sigue siendo el mismo en nuestros tiempos, con todos sus estragos y desorientaciones psíquicas.

«El gran Pan, dios-Naturaleza, ha muerto; Jesús, dios-Humanidad, ha muerto también; pero queda un dios interno é ideal, el Deber, destinado quizás á morir también un día.» (Guyau).

La preocupación de Hobbes, «*homo hominis lupus*», subsiste aún en la generalidad de los cerebros y el Deber viene á ser la tabla salvadora, la valla ideal que detiene en ellos la supuesta idea del desbordamiento del Individuo.

De entre todos los filósofos modernos, la mayoría se detienen espantados al llegar á los bordes de este creído precipicio. Spencer mismo, definiendo la Libertad, sin darse cuenta vese atollado por esta extraña preocupación. «*La Libertad de uno toca á su fin donde comienza la libertad de los demás*», nos dice, y no ve que esta definición, considerada en su valor intrínseco, que es tal como debe considerarse, es la negación misma del movimiento, de la vida.

En efecto: ¿qué es «obrar» sino atentar contra el modo de ser de la Naturaleza toda, removiéndola constantemente, pese á las voluntades ó leyes que la integran?

En una combinación química, la corriente eléctrica, la combustión, etc., han destruido la individualidad de los componentes; el cuerpo humano, ese mundo

compuesto de millones de células previamente dispuestas y organizadas encierra en sí una continua lucha entre sus componentes: las células del cerebro privando muchas veces buena parte de la acción de las que componen el resto de los órganos del cuerpo, cuando en los momentos de intensificación del pensamiento necesita acumular una gran cantidad de energía vital é igualmente así en las relaciones de los demás órganos; el hombre, como casi todos los demás seres orgánicos, cumpliendo una necesidad ineludible, destruye ciertos animales y un sin número de plantas, nutritivos todos, y el filósofo, el sociólogo, el pedagogo, el artista, como el despota, el religioso, aquéllos ingertando su pensamiento en el de los demás y éstos obrando en nombre de tal ó cual institución mentirosa, todos atentan del mismo modo á la manera de ser de los demás, á su Libertad.

Una conciliación, pues, entre los intereses del Individuo y los de la Sociedad es bajo todo punto de vista imposible.

La realidad de la vida nos muestra la sola y eterna existencia de los intereses individuales. El Individuo es lo único real existente. Su *yo* para él mismo es el centro de acción de la vida toda y tanto la Sociedad como el resto de la Naturaleza, son un atributo suyo, ni más ni menos que un brazo, que el cerebro.

La moral del «egoísmo absoluto» afirmado por Guyau y tan bien divulgada por Kropotkin en su *Moral anarquista*, no á otra cosa conduce que á esta bella afirmación que acabamos de hacer y la Biología toda, de conclusión en conclusión, llega á detenerse en el Individuo, considerando la Especie sólo como un resultado vago del mismo, imposible de determinar. Ni en las formaciones teratológicas, cuando se presentan dos cuerpos unidos, pueden escapar sus componentes á la ley de Individualidad.

Siendo cada individuo, pues, un centro de acción vital que se esparce hasta el infinito, de aquí la solidaridad natural producida por el cruzamiento de las acciones psíquicas y fisiológicas todas, una solidaridad no como la ideada por la mayoría en que la vida individual pende de una fórmula acomodaticia representativa de un término medio entre los intereses de la Sociedad, sino producida por el violento choque primero y la acción estable y continua después.

Recordamos que Luigi Fabri, en su trabajo de hace tiempo, *El individualismo stirneriano en el movimiento anárquico*, sacaba á relucir, para afirmar esa tiránica solidaridad de que hablamos, la disparatada según él, idea de Ibsen en *Un enemigo del pueblo*, «el hombre solo es el más fuerte».

«El hombre aislado—dice Fabri, refiriéndose á la por él llamada *paradógica* frase de Ibsen—es más débil que el asociado. Digo *asociado*, no se traduzca, *disciplinado*.—Un hombre que viviese solo, aunque fuere fuerte como un orangután é inteligente como un Dante, sería en todo caso menos libre que un niño viviendo en medio de la Sociedad.»

Á nuestro modo de ver, Fabri no ha sabido tan sólo comprender el fondo de tal concepto, sin duda alguna porque no ha leído tal obra dramática.

Ibsen al decir «hombre solo» quiere significarnos, como bien claramente se desprende de la escena final de la obra, el hombre que se reconcentra totalmente en sí mismo, que fía solamente en sí mismo en la eterna lucha por la vida para producir mayor y más intensa acción sobre los demás y sobre la Naturaleza entera, como el hierro candente, que cuanto más se somete á la acción del fuego mayor y más potente es la cantidad de luz y calor que irradia, lo que al cabo y al fin no es otra cosa que el «*ac-quescentia in se ipso*» de Spinoza y de Emerson.

É igualmente quieren significar Max-Stirner al afirmar su *único*, el Individuo, Nietzsche al crear los *nuevos valores* para despojar al Individuo de toda opresión que signifique el bien y el mal, socialmente considerados y Guyau desalojando del mismo toda obligación moral para dejarle obrar en consecuencia conforme á su voluntad.

Pero ni Ibsen, ni Max-Stirner, ni Nietzsche, ni Guyau han sido bien comprendidos aún por la generación presente. Sus ideas, demasiado luminosas en los infantiles tiempos presentes, han producido el vértigo en nuestro débil cerebro, como al Maestro Solness, de Ibsen, al subir con su impotencia á las alturas del heroico y nuevo ideal.

Decimos al principio de estas líneas que dirigimos preferentemente nuestras observaciones á los «anarquistas *viejos*» que no pueden concebir la vida sin una previa armonización, convertida en costumbre, de los intereses individuales y sociales. En efecto: ella y no otra es la que, para afirmar la sociedad en completo estado anárquico, no puede llevar su pensamiento más allá de sus viejas ideas sobre la «Bondad innata», la «Perfección» y la «no explotación del Hombre por el Hombre.»

¿Porqué? Porque su impotencia frente á la verdad, les veda el concebir la acción individual en su manifestación sincera, explotando potentemente á cada paso tanto con todos sus progresos morales y materiales como con sus vicios y defectos y por eso la obligación queda justificada á sus ojos como necesaria defensora de los intereses de cada individuo en su esfera de acción.

¿Y es en verdad esto la anarquía ó es sólo una falsa idea basada en el concepto mentiroso de autoridad al que se pretende con ella destruir?

La anarquía significa solamente ausencia de la tiranía Estado y sus instituciones derivadas, fruto todo ello de las

supersticiones religiosas de un sin número de siglos y la afirmación que se desprende de ella es la natural acción del Individuo, *el desenvolvimiento según su propia voluntad*.

Á la concepción de la anarquía no va, pues, inherente ninguna perfección moral é intelectual y si solamente la despreocupación de la tiranía. Estado, donde resulta que es ella tan estable hoy como ayer y mañana si sus individuos están *solamente* convencidos de que el Estado es una mentira monstruosa.

De lo dicho resulta, pues, que hay más partidarios de la anarquía de lo que á primera vista parece; Spencer mismo lo era, á pesar suyo, bien francamente al afirmar que el Estado es un *mal necesario*, pues que la palabra «necesario» revelaba solamente su impotencia frente á la Verdad, á la vida verdadera, que él imaginaba en la actualidad como una bárbara lucha, como un caos de destrucción y á Spencer podemos añadir una mayoría fabulosa de pensadores de toda clase.

La anarquía ha de desarrollarse, pues, en la absoluta proclamación y, de otro modo, afirmando la obligación en el Individuo del respeto á los intereses ó á la libertad de la Sociedad, se afirma inconscientemente una fórmula ideal autoritaria, muy semejante en su fondo á los sueños de Max Nordau, Naquet, etc., quienes no conformes con el principio absoluto del ideal anárquico, imaginan una autoridad que resuma en sí la menor tiranía posible.

Pasemos ahora á indagar lo que el Determinismo y la Irresponsabilidad, su consecuencia, significan para el Individuo y veremos también cómo estas conclusiones científicas conducen á la más neta afirmación de nuestras teorías.

En los tenebrosos períodos en que las religiones eran el código moral del Indi-

viduo á cuyas reglas tenía que calcar su sentir y su proceder, ni siquiera se soñaba en que el mismo, lejos de poseer una voluntad esencial y desligada de toda influencia que le indujese con conocimiento absoluto á verificar ó no las acciones de la vida, fuese absolutamente determinado por un conjunto de leyes naturales, como son el medio ambiente, la herencia, etc., y que el modo de ser de éstos fuese quien solamente determinase su modo de proceder.

De conformidad, pues, con la responsabilidad humana surgía una moral que imponía al individuo la obligación de procurar que todas sus acciones tendiesen á la realización del Bien general. El Cristianismo, escoria de todas las decadencias religiosas y principal mantenedor del ideal «Humanidad» llegó á influir tan abiertamente en el corazón de todos los pueblos que hoy vemos aún resurgir en todos los actos su espectro tan funesto. Consúltese á I. W. Draper, Renan, Strauss y á otros historiadores de la religión cristiana y se verá bien claramente todo cuanto dejamos apuntado de paso.

Y obsérvense hoy las teorías de la mayoría de nuestros pensadores y encontraremos en ellas la quintaesencia de la moral cristiana representada abstractamente por la vieja idea de Responsabilidad.

Siempre que nos proponemos juzgar un acto cualquiera ejercido sobre los demás, nos preguntamos repentinamente si éstos son ó no responsables para merecer ó no el efecto de aquella causa. Y aun hay más: detrás de este razonamiento buscamos espontáneamente la utilidad práctica de la acción de referencia.

Son pruebas estas de que aun no nos hemos emancipado totalmente de la influencia perniciosa del Cristianismo y de que la gran conclusión científica del Determinismo y la Irresponsabilidad huma-

na no ha tocado en nada aun nuestro debil corazón.

La Irresponsabilidad humana, considerada en todo su extenso valor filosófico, cambia completamente las raíces de la moral en uso hoy.

En efecto: afirmada la irresponsabilidad del *yo* frente a todos los actos sociales la vieja idea, hoy imperante, de que debemos guardarnos de hacer sentir nuestra acción sobre el irresponsable en tal ó cual acto, queda destruida por completo y la conclusión moral se reduce única y exclusivamente á buscar la expansión de nuestra voluntad.

Del mismo modo que destrozamos y engullimos sin reparo alguno todo cuanto es útil á nuestra conservación, igualmente nuestro pensamiento, exteriorizado en la Acción, barre todo cuanto es ajeno á su modo de sentir y de obrar, produciendo el choque tanto más violento cuanto más distante de la nuestra es la línea de conducta de los demás.

Así la Naturaleza toda se reconcentra en el Individuo, de desde el átomo más pequeño hasta el resto de los individuos, que como aquél, no son éstos otra cosa que partes integrantes de ella.

Y el *struggle for life* de Darwin, pese á la mayoría de los anarquistas, aparece aquí en su significado más neto, idénticamente el mismo como lo concibió el gran naturalista.

La lucha por la vida, ese factor principal determinante de la Evolución, tiene su asiento en la idea del Individuo y de aquí su bárbara manifestación en los tiempos antiguos y su ya más reposada en los nuestros. Á la lucha á brazo partido sucede la lucha de los cerebros, como detrás de la tempestad aparece el sol radiante que todo lo aclara y purifica.

No hay pues que temer los desbordes de energía individuales; su acción demolidora y resonante tiene sus raíces en la concentración del *yo* para irradiar más fuertemente en la auto-elevación.

Las revoluciones todas han sido producidas por el choque violento de los florecientes *valores individuales* contra los estáticos y fríos de la Colectividad.

El individualista más grande ha sido el que ha obrado más solo é intensamente, removiéndolo con su potencia de voluntad, el mundo en todas direcciones.

La afirmación absoluta del Individuo quiere, pues, decir en su más justo y radical significado, pensar, sentir, obrar para sí mismo, ó lo que es en resumen, *vivir para sí mismo*, pero no en el sentido vulgar del concepto, esto es, suprimiendo la vida exterior de relación, sino imprimiendo á la Sociedad el sello de su voluntad, de su manera de ser, renovada constantemente por el Conocimiento, del mismo modo como en una obra de arte, el autor calca en ella su alma.

Y la Individualidad conduce á la Intransigencia, puesto que ésta, sea representada en tan mínimo grado como se quiera, es una abdicación de una parte del sér, un arma dirigida en contra de sí mismo que hiere instantáneamente.

No existiendo dos individuos iguales, la Acción ha de ser forzosamente individual y cuando entre dos individuos se llega á un acuerdo para proceder matemáticamente igual, hay abdicación de la personalidad por parte de uno ú otro, ó mejor y más justamente dicho, por parte de los dos.

Otra de las conclusiones que nos muestra la Individualidad es la de la Ciencia para el Hombre y no el Hombre para la Ciencia, como á cada paso vemos afirmado, para responder á la tiránica concepción del Progreso.

La falsa idea de Utilidad queda completamente destruida y los libres vuelos del pensamiento, lejos de dirigirse á una especialidad determinada, tienden á abarcarlo todo, para intensificar así más su vida propia.

Un Galileo, un Edison, un Franklin, un Marconi, un Gutenberg mismo nada significan al lado de grandes genios como Aristóteles, Kant, Lamarck, Darwin, Hæckel, Nietzsche, Guyau, Goethe, Bethowen, Wagner.

Los primeros, con sus descubrimientos, han servido á la Humanidad experimentando solamente la íntima satisfacción de su utilidad á la Ciencia y á la Colectividad, mientras que los segundos en sus nuevas investigaciones por el campo de la Filosofía y las Ciencias naturales los unos y por el de la Poesía y la Música los otros, han ensanchado su acción espiritual, conforme á la nue-

va vida iluminada por las verdades y concepciones descubiertas.



Sabemos bien que nuestras teorías horrorizarán á aquellos individuos que no pueden considerar al sér sino sujeto á una moral que le guíe en sus acciones dentro de la vida; pero, lo repetimos, dámosles ya por descontados del campo de nuestra influencia y presentamos estas reconfortantes ideas al exámen de los «anarquistas viejos» para que meditándolas abran surco en su cerebro, como es nuestro deseo, aunque nuestras confianzas son bien débiles y escasas.

En el próximo número NATURA refutará este trabajo de nuestro colaborador Sr. Comas Costa.—N. DE R.

Clemencia Jacquet

Rosmersholm

Se nos dice que el teatro es una escuela popular, una cátedra cuyas lecciones en acción impresionan y se gravan más fuertemente en las inteligencias. Si es así, veamos, pues, qué enseñanza se desprende de *Rosmersholm*, el drama de Ibsen que la agrupación «Avenir» de Barcelona, acaba de llevar á la escena.

No hablaremos del mismo drama; dejámos á otros el cuidado de hacer su crítica. No trataremos de investigar si los caracteres de los personajes están ó no están en armonía perfecta con la lógica; tales como nos los presenta Ibsen los tendremos por verdaderos. Lo que nos interesa en estos momentos es procurar comprender el «por qué» de su razón de ser.

Este «por qué» se ha atribuido á la atmósfera sofocante del viejo caserón donde viven los personajes de Ibsen, á la acción de la herencia que les sujeta á preocupaciones vanas, á supersticiones y á remordimientos sin objeto y les vuel-

ve incapaces de trabajar en pro de la obra de emancipación humana que soñaron.

No estamos de acuerdo, y vamos á exponer nuestras razones.

Por de pronto, Rosmer, que, más que nadie, tendría que sufrir esta acción deprimente de la herencia y del ambiente, escapa en absoluto á su doble presión, ya que ni siquiera una sola vez tuvo que luchar contra sus antiguas creencias religiosas. De ellas se despojó con alegría y con alegría repudió todos los prejuicios de su pasado para correr hacia el nuevo horizonte entrevisto. No titubeó ni un sólo instante en abandonar su rebaño de fieles y todos sus deseos le llevan hacia una vida que él quiere consagrar á «despertar á los hombres», á mejorarles y unirles, á purificarles para que sean capaces de amar. Confiesa altamente sus convicciones liberales á su ex-cuñado el rector Kroll, reaccionario de abolengo, y no teme exponerse á las consecuencias

de su cólera, ni en romper con una amistad de siempre. Ni siquiera se conmueve ante las insinuaciones calumniosas que Kroll inserta en su periódico, no inspirándole más sentimiento que un mayor deseo de trabajar en la obra social del progreso.

¿Dónde está aquí la acción de Rosmer-sholm? ¿Dónde las turbaciones y los temores que debía sugerirle?

No: la pérdida de la voluntad, el descorazonamiento que mata, le vienen de la lucha entre su bondad, su extrema delicadeza y la influencia sobre él ejercida por una mujer, una extraña á su raza y á su familia.

Mientras creyó en aquella mujer, mientras pudo respetar su carácter y confiar en su inteligencia, dispuesto estuvo á desafiar la opinión de todo su clan retrógado. Pero, desde el día que sabe que, para aproximarse á él, aquella mujer no ha temido recurrir á maniobras criminales, que fríamente descontó el sufrimiento moral de una infortunada para empujarla al suicidio, y que para lograr sus fines se valió precisamente del afecto idolátrico que aquella pobre enferma la había consagrado, desde aquel instante Rosmer queda vencido, se cree solidario del crimen cometido y pierde toda confianza en la que hasta entonces fué su amiga y su guía.

Entonces es cuando comienzan sus abatimientos, las dudas sobre sus propias fuerzas; entonces es cuando se reconcilia con Kroll, convenciéndose de su impotencia para la lucha que quiso emprender, pero sin repudiar, sin embargo, ninguna de sus convicciones. Renuncia á la acción, es verdad, pero sin retornar al pasado que había abjurado. Permanece, á pesar de todo, convencido de la bondad de su causa y su única pena es no considerarse—según él—digno de sacrificarse á ella por entero.

Ciertamente que su debilidad es debida, en parte, á la educación negativa que

ha recibido; pero esta debilidad está, sobre todo, en él mismo, en el hombre que no sabe conducirse por sí mismo, que ha tenido necesidad de sentir á su lado una influencia directriz y que muere cuando esta influencia le falta, cuando el guía se reduce á las proporciones de un sér humano ordinario con sus vicios y sus virtudes.

Pasemos, ahora, al personaje principal del drama, á Rebeca West.

Educada ésta por un padre adoptivo que no pasaba de tierno, tuvo que sufrir todos los azares de la vida, verse arrastrada por encontradas corrientes, vivir en una soledad moral muy á menudo mala consejera. La existencia que llevó hasta que conoció á Rosmer, es bastante dudosa y pesará más tarde grandemente sobre su pasado. En posesión, á la muerte del Dr. West, y por toda única herencia, de una caja de libros de teorías avanzadas, los devora, se asimila bien ó mal su contenido, y hétela convertida en propagandista, pero conservando siempre, como iremos viendo, bastantes prejuicios.

El rector Kroll nos pinta muy exactamente el estado de espíritu de Rebeca. Escuchémosle:

«...He aquí, pues, un punto sobre el cual ha conservado V. ciertos prejuicios.

«Me parece que le sucede lo mismo con la mayor parte de las ideas que constituyen esto que V. llama su emancipación. Su espíritu se ha apropiado todo un fondo de pensamientos, de convicciones nuevas. Ha adquirido usted algún conocimiento de los trabajos efectuados en ciertos dominios y que parecen derribar este ó aquel principio por nosotros considerado hasta el presente como inmutable y fuera de todo ataque. Pero todo esto, señorita West, ha quedado en usted en estado de noción. No es otra cosa que lo que llamamos saber; no ha entrado en la sangre.»

¿Cómo ejercerá Rebeca su propaganda? La pasión es cuando interviene entonces, se implanta en ella con una fuerza que no sabe resistir y determina su dirección. La señorita West ama, ó mejor dicho: *desea*. Desea poseer Rosmer. En seguida traza su plan de ataque: entrará en Rosmersholm y convertirá Rosmer á su ideal. Sin embargo, hay un obstáculo que se levanta entre ella y el objeto de su pasión: la señora Rosmer, pobre histérica que ama locamente á su marido, pero que envenena la vida de éste con sus accesos de desequilibrio mental.

Ahora bien, este obstáculo debe desaparecer y Rebeca ha decidido que desaparezca. Tiene la fría voluntad de realizar su plan á través de los sufrimientos que la rodean, de responder al afecto de Felicia Rosmer con una duplicidad de todos los instantes, con puñaladas repetidas. Escuchemos sus propias confesiones:

«...Cuando vine de Finmark con el doctor West, tuve así como la revelación de un mundo nuevo que se abría de par en par ante mí. El doctor me había enseñado un poco de todo. Estas nociones esparcidas eran todo lo que yo conocía de la vida. Y entonces... Quise ser de la nueva época que alborreaba, quise asociarme á todas estas ideas nuevas. El rector Kroll me dijo un día que Ulric Brendel había ejercido un gran imperio sobre tí, y me pareció que este imperio podía yo compartirlo actualmente... Yo quería marchar contigo hacia la libertad, avanzar sin cesar, con paso cada día más firme. Pero un muro siniestro, infranqueable, se elevaba entre tí y la verdadera independencia. Quiero decir, Rosmer, que tú no podías llegar á la libertad sino en plena luz, en pleno sol. En lugar de esto, sumido en las tinieblas de una unión como la tuya, te veía debilitar y perecer. ...Pero vi bien de donde podía venirte la salvación, la única que había

para tí. Y he obrado. Sí, Rosmer; es necesario decirlo todo: no eres tú, Rosmer, tú eres inocente. Soy yo quien atrajo, quien contribuyó á poner á Felicia en el camino que la perdió... el camino que la condujo al torrente... Ella supo que tu buscabas libertarte de todos los viejos prejuicios.

»ROSMER.—Pero en aquella época yo no lo soñaba siquiera.

»REBECA.—De todos modos yo sabía que pronto ibas á lograrlo... Poco después la supliqué me dejara abandonar Rosmersholm.—Yo no quería marcharme; quería quedarme aquí, y á este efecto la dije que era en interés de todos.—Dejé que comprendiera que una permanencia más larga... podía... podía tener consecuencias inevitables...

»ROSMER.—¿Has confesado todo, Rebeca?

»REBECA.—Sí.

»KROLL.—No.

»REBECA.—¿Qué más puede haber?

»KROLL.—¿No acabó usted por hacer comprender á Felicia que era necesario, no deseable, *necesario* para usted y para Rosmer, que usted desapareciese cuanto antes mejor? Contesté usted.

»REBECA.—Tal vez haya dicho algo por el estilo.

»...á Felicia se le había metido en la cabeza que siendo estéril no tenía el derecho de permanecer aquí. Además, ella se imaginó que su deber, su deber para contigo, era ceder su puesto.

»ROSMER.—¿Y tú, nada hiciste para apartarla de semejantes ideas?

»REBECA.—Nada.

»KROLL.—¿La confirmó usted en ellas tal vez? Responda. ¿Lo hizo usted?

»REBECA.—Pienso que es de este modo que ella comprendió mi lenguaje...

Pero las cosas se complican. Rebeca no vive impunemente en contacto diario con Rosmer, cuya dignidad y bondad reaccionan en ella. La pasión se extingue, y el amor, el amor verdadero, nace

y se agranda en su corazón, transformándola. El aprecio que siente por su amigo le inspira el pesar por lo que ha hecho, el pesar de su pasado. Por esto es que, con alegría, para devolver á Rosmer la fe que en ella tenía, para demostrarle la sinceridad de su afecto, acepta arrojarse al torrente, siguiendo el mismo camino de la pobre Felicia.

Bien visible resulta que, en ella aun menos que en Rosmer, el ambiente no ha ejercido ninguna acción sobre Rebeca. Los únicos móviles fueron, primero la pasión, después el amor, bien diferente de la pasión.

Únicamente que su amor no supo ser buen consejero. ¿No será la consecuencia fatal de su voluntad de dominar á Rosmer?

Pero esto podría dar materia á un estudio que sería extraño á nuestro tema.

Rebeca West no ha sabido estar á la altura de su afección porque su moralidad estaba viciada por ideas de baja ambición doméstica, de despotismo, hasta inconsciente, porque tiene más prejuicios que convicciones.

Rosmer no ha sabido obrar porque no ha sabido *ver* con nitidez. Se entregó sin defensa á su impresionabilidad, á su fe en Rebeca, y por esto, el día en que la fe se desvanece, todo se hunde en él de golpe.

En suma, estos personajes son dos inteligencias mediocres, dos simples *manumitidos* y no dos *emancipados*. Pues que la emancipación supone un juicio

sano, una plena conciencia de lo que se debe y de lo que se puede hacer, una firme voluntad para ejecutar lo que se ha resuelto.

La lección que se desprende del drama es que no basta, para creerse en el camino de la libertad, con haber recibido del exterior ideas hechas. Para hacer obra socialmente útil, es necesario primeramente estar en plena posesión de sí mismo, saber bien claramente hacia donde se va y lo que se quiere, no contentarse con un ideal más ó menos vago, con confusas aspiraciones hacia un porvenir más ó menos halagüeño.

¿Quiere todo esto decir que condenamos estas aspiraciones? De ningún modo. Pero creemos que es necesario tener el valor de medir por sí mismo la distancia que separa la realidad actual de este ideal; de reconocer exactamente el terreno que se pisa, analizar cada uno de sus elementos, saber lo que se puede obtener, á fin de poder hacer una justa síntesis, y, en la medida de sus fuerzas, intentar luego elevarla á la práctica.

Los que reciben—vengan de do vinieren—sus opiniones ya formadas y que á ellas no agregan su parte de observación y de iniciativa, estos son Rosmer condenados de antemano á la impotencia.

Modificando un poco la máxima, condensemos, por lo tanto, nuestras reflexiones, como sigue:

«En todas las cosas es necesario considerar el principio y el fin.»

Oreste Ristori

Deísmo y ateísmo

La superstición religiosa es una de las peores enfermedades mentales que contristan al género humano. Es una enfermedad tan vieja como el mundo. Como

«Dio è uguale al nulla; nè quà, nè colà tu lo trovi, e più vorresti afferrarlo, più ti sfugge».

la locura, como el idiotismo, como la sífilis, esta enfermedad, contra la cual los médicos no han hallado un remedio eficaz, se trasmite de padres á hijos, de ge-

neración en generación. Los efectos son terribles: debilitamiento de las facultades intelectuales, rotura de las energías, reducción del criterio en el cumplimiento de los actos, embrutecimiento y demencia. Esto por lo que atañe al individuo. Y por lo que concierne á la sociedad: ignorancia, miseria y esclavitud.

El creyente es á veces cobarde, otras feroz hasta el salvajismo; apegado al principio «cada uno para sí y Dios para todos», es brutalmente egoísta. No se atrevé á discutir las ideas que sus padres le enseñaron presentándoselas como justas y buenas. Todos aquellos que en materia religiosa no piensan como él, son bestias, son enemigos. De ahí su irracionalismo.

Por más que la ciencia haya arrojado cantidad enorme de luz sobre el universo, desvaneciendo por completo las viejas y falsas teorías de los sacerdotes, y por más que se haya atraído, por los buenos resultados obtenidos por sus áridas investigaciones, la atención y la admiración de las masas más cultas y emancipadas, aun no ha logrado hacer entrar un rayo de verdad en el cerebro de tantos ignorantes. Y es una cosa que desconsuela tener que hacer constar que en los albores del siglo xx una gran parte de individuos, por no decir enteras poblaciones, siguiendo la falsa opinión de los pueblos más bárbaros de la antigüedad, sin que de ella se den una idea clara, crean en la existencia de un sér sobrenatural, de una X ignota, que ha creado el mundo de la nada y que, vagando invisible por los celestes espacios, gobierna á su antojo el universo.

Millares de Dioses fueron imaginados á través de los siglos, millares de religiones surgieron y desaparecieron más tarde.

Se comenzó por creer que en sus manos tenían los destinos de los hombres y de todas las cosas; monstruos gigantes cos á quienes se atribuyeron los terre-

motos, las inundaciones, los cataclismos, las pestes, la vida, la muerte; en una palabra, todas las bienandanzas y todos los males.

Si en aquellos tiempos de completa ignorancia hubiese podido vivir un contemporáneo nuestro, habría presenciado como al morir un individuo reputado sabio, profeta y mago, se convertía en un astro llevando el mismo nombre que tenía en vida. «Todos los pueblos y todas las religiones, dice á éste propósito Buchner, acostumbran deificar y santificar á los hombres extraordinarios que vivieron entre ellos, prueba evidente de que la idea de Dios deriva de la naturaleza humana».

La aparición de un meteoro daba lugar á las más extrañas é insensatas suposiciones (suposiciones justificadas si se considera la obscuridad que envolvía la mente de aquellos pueblos) y dejaba detrás de sí el terror y el desaliento.

Cuando se producía un terremoto atribuíanlo algunos á la ira de Júpiter, otros á la de Marte ó de Saturno, del Sol ó de la Luna. Todos imploraban entonces misericordia y perdón á estos astros deificados. Había quienes creían en el poder del planeta A y quienes en el de B. Según los tiempos y los lugares se diversificaban las creencias, lo que explica la aparición de varias religiones en una misma época y que tuviesen vida contemporánea.

Pero vino el cristianismo desbaratando todas las religiones entonces existentes, substituyendo al politeísmo (creencia de varios Dioses) la creencia en un Dios único, autor y señor del universo (monoteísmo).

Cubierto de concesiones de igualdad y de libertad entre los hombres, aquellos pueblos que gemían en la esclavitud y la miseria vieron en el cristianismo un áncoa de salvación, y, sin filosofarlo, lo abrazaron ciegamente, pasando del estado de atontamiento al de delirio. Y fué

éste tan grande, que los propagandistas de la nueva religión, los secuaces de Cristo, no tan sólo se felicitaban por la muerte de su maestro y corrían fanáticamente en busca de las persecuciones y de la muerte, sino que se la daban ellos mismos, infligiéndose las privaciones más tremendas, lacerándose y martirizándose de mil modos diversos, con la pretensión de llevar bien alta su fe, con la esperanza de que su sacrificio sería agradable á Dios y digna su alma de la celeste morada.

Igual hacían los japoneses, los cuales, para purificar el alma de las inmundicias mundanas, sacrificaban el cuerpo, quitándose la vida, arrojándose en los precipicios, cortándose las venas, haciéndose sepultar vivos ó emparedar en una gruta, con la convicción de resucitar al cabo de tres ó cuatrocientos años é ir á habitar al lado de la divina familia, compuesta de marido, esposa é hijo, una santísima trinidad idéntica á la nuestra.

Pero los siglos pasan rápidos, arrastrando en pos las viejas creencias y también las nuevas. Por fin vino la aurora de una época nueva ante la cual se arrodilla el tenebroso pasado: he ahí la ciencia, la luz, la verdad.

La verdad, astro que resquebraja las tinieblas de la noche intelectual, principia á surgir. Es el nuevo Mesías, el nuevo dios que ha de substituir á todos los demás creados por la imaginación vagamunda de las mentes supersticiosas. La verdad aparece surgiendo sobre horizontes caliginosos, lejanos, y su luz no llega todavía á bañar aún este valle de lágrimas. Los más no creen en ella; pero Toperince la ha pronunciado, Galileo la descubre, la señala, mientras su voz elocuente la ahoga en su garganta... los ministros del dios moderno.

La religión cristiana ha llegado al ápice de su triunfo, pero también, afortunadamente, va hacia su ocaso, y el dios de los sacerdotes comienza á diluirse

ante las deducciones científicas y filosóficas de Darwin, de Voltaire, de Buchner y de tantos otros genios que con lógica cerrada trituran las perniciosas abstracciones de la metafísica.

Á pesar de esto, se nota hace tiempo un acentuadísimo despertar clerical: los sacerdotes hacen mil esfuerzos para remendar aquel esfuerzo religioso que va cayendo á girones cada día, como un trapo de cocina. Sus armas, ya sin punta, no se dirigen únicamente contra la masonería, sino que su venenosa crítica ataca mayormente á los partidos avanzados, excomulgándolos y amenazándolos con el eterno castigo de ultratumba, la severa justicia de dios.

Pero si se pregunta á los curas: ¿lo visteis alguna vez este dios con que os divertís nombrándolo cada vez que abris la boca, mezclándolo en todos los asuntos, como sal en los manjares?, responden que no, pero afirman á renglón seguido que existe. ¿De dónde vino, qué forma tiene, dónde mora? Preguntadlo á sus ministros y no os sabrán responder, todo lo más, no sabiendo ó no pudiendo inventar otra fábula, os responderán que habita en *los cielos, en la tierra y en todas partes...* á cuya respuesta la voz del célebre astrónomo Laplace les replica: «He explorado el cielo y en ninguna parte hallé la menor traza de Dios.»

La filosofía más sana de los sacerdotes es esta: «la materia *debe* haber tenido un principio, alguien *debe* haberla creado, y este alguien es Dios.» Está bien: supongamos que dios creó la materia; y á dios, ¿quién lo creó? «Es eterno, no tiene principio ni tendrá fin», nos responden sus fieles. Pero entonces, ¿por qué no puede ser eterna la materia? ¿Hay nada tan estúpido como la hipótesis de que un sér imaginario é incomprensible haya creado el universo? Si crear quiere decir sacar las cosas de la nada, y si la nada es el vacío inmenso, absoluto, ¿cómo va la *nada* á convertirse en mate-

ria? ¡Misterio! replican los sacerdotes. ¿Creéis que esta palabra mágica puede constituir una base sólida para vuestras absurdas creencias, vuestras ridículas afirmaciones? ¿Creéis que á la gente ha de bastarle siempre la palabra «misterio»? Esta salida vuestra por la tangente es impotente para formar convicciones.

Por lo demás, dueño es cada uno de creer lo que quiera y de dejarse engañar cuanto quiera; pero nosotros estamos en el deber de tener que negar á los sacerdotes el derecho de transformar una suposición en realidad, tanto más que con semejante suposición se ha inventado un mercado, y un oficio para engordar á costa ajena, envenenando las conciencias y dificultando el progreso.

Nadie, desde que el mundo es mundo, puede asegurar que ha visto la cara de dios, ni de qué modo el alma, inmaterial, puede subsistir después de la muerte corporal. El alma, quírase ó no, es inherente al cuerpo, y la descomposición de éste va precedida de la extinción de aquélla. El alma no es más que un principio sensitivo y volitivo, determinado por la percepción de las sensaciones que nos provienen del ambiente que nos rodea, del funcionamiento de todas las moléculas que constituyen el cuerpo, y cuando éstas principian á disgregarse, cuando cesan en sus choques, en sus vibraciones, cuando el cuerpo y los órganos de que dependen las percepciones se paralizan del todo, el alma pierde su razón de ser.

Por estas y otras razones creemos que más allá de la tumba no hay nada, que la vida y la muerte son las condiciones *sine qua non* de la transformación constante de la materia; que los fenómenos de todas las cosas, que se producen ante nuestros ojos y que la ciencia explica, son los efectos de causas que se hallan en la misma naturaleza, independientes de toda fuerza sobrenatural y consciente, de cualquier poder que no sea propio de la naturaleza. Y cuanto más piensa el filósofo, cuanto más calcula el geólogo, cuanto más explora el astrónomo las regiones del infinito, tanto más se desvanece la idea de dios y del diablo, del paraíso y del infierno.

Todas las religiones, sinónimas de impostura y de obscurantismo, están basadas en falso y en la mala fe, y no tienen más efecto que la perpetuación de la ignorancia y de la esclavitud de los pueblos. Y la prueba se halla en que los más refractarios al sentimiento de libertad y de bienestar son precisamente aquellos pueblos imbuídos de prejuicios religiosos, en los cuales no reina más que el espíritu sectario y guerrero, el egoísmo más repugnante y la servidumbre más odiosa.

En las naciones más avanzadas en civilización, allí donde la ciencia ha podido hacerse escuchar, las religiones pierden terreno y no está lejano el día en que la idea de dios sea tan sólo tormento de algún que otro cerebro enfermo.

Università Popolare, de Mantova (Italia).

Recibido: *Il Tramonto del Diritto Penale*, por Luis Molinari, 1 lira, Tipografia de la Università Popolare, Mantova (Italia).—*Evangelum dum Seminarista*, por Thomaz da Fonseca, Empresa Editora d' O Ensino, Coimbra (Portugal).—De la Biblioteca «Germinal», de La Coruña: *Opiniones de los maestros sobre los centros de Estudios Sociales*, 15 céntimos.—Del editor Pascual Medrano, de Buenos Aires: *La Medicina y el Proletariado*, por Emilio Z. de Arana, precio 10 centavos.—*En un día de elecciones*, comedia en un acto, por Miguel Martínez; pedidos al autor, Lista de Correos, Cullera.—*Historia de mi vida*, por Luisa Michel, trad. de Salvochea; Cádiz, pedidos al traductor.

Régénération, revista, órgano de la Liga de la Regeneración humana, 27 rue de la Duée, París; *Rayo de luz*, de San Andrés de Palomar.

Imprenta Moderna de GUINART Y PUJOLAR.—Bruch, 63 (entre Diputación y Consejo de Ciento).—BARCELONA

N

DIRECCIÓN

Cosas

Los p
París, in
costumb
museo p
de asuet
profunda
que su
educativ
sado vers
cias, y la
versitari
pueden r
das por
Liceo C

Inter
cación.

«Quis
pósito d
win, ha
en la en
trar que
ella el h

»Indic
ñanza d
píritu; s
influenc
rio conf
hasta el
ciencias
les, har
materia
fico no
mientos